

cuadra para tentar un desembarco en aquel puerto. Así que completado el regimiento que allí está de guarnicion, y despachadas muchas reclutas para la pronta ejecucion de las órdenes, á fines del año, pasó él mismo á aquel puerto. En este tiempo México estaba apestado de viruelas, enfermedad que siempre vá de la Europa, y eran quince ó diez y seis años que no se padecia, con lo cual la niñez y juventud fué contagiada, y por testimonio de testigos oculares, sabemos que en solos diez meses que duró esta calamidad, murieron otros tantos mil.

1763. Aun no bien las familias de los Mexicanos habian enjugado las lágrimas por sus difuntos hijos, cuando comenzó á picar entre la gente pobre una terrible peste que se asemejaba á las que se habian experimentado ciento ochenta y siete, y veinte y seis años antes, pues terminaba con la crisis de flujo de sangre por las narices. Esta enfermedad en poco tiempo contagió á la ciudad, y tanto que no cabiendo los enfermos en los hospitales, fué preciso que las personas piadosas concurrieran para formar otros. Entre los demás se señaló el P. Agustin Márquez, ministro de la casa profesa de los Jesuitas, varon apostólico, que en pocos dias levantó uno tan grande, que abarcó á cuantos enfermos acudieron, y á cuantos los Jesuitas empleados en la asistencia de los apestados hallaron que no tenian proporcion para curarse. Esto se debia á los ricos Mexicanos, que pusieron en manos de aquel hombre ejemplar cuantiosas limosnas, exhortándole á que no perdonara gastos, con tal que los enfermos estuvieran bien asistidos. El arzobispo de México D. Manuel Rubio y Salinas, mostró en esta calamidad entrañas de padre comun, no solo con los socorros que abundantemente hacia dar á los pobres, sino tambien á los Jesuitas, que lo iban á ver por motivo de alguna confesion, á quienes despues de alabar su celo, los proveía de dinero para que socorrieran á los enfermos. Entretanto que cundia la peste, el fervor de los Jesuitas crecía, y la calle de la profesa al amanecer estaba ocupada del pueblo, esperando que abrieran las puertas para llevarlos á las confesiones. En este ministerio gastaban lo mas del dia, teniendo apenas tiempo de comer y reposar. Esta fué la causa porque fueron víctimas de su caridad los padres Lorenzo Sanábria, y Juan de Alva, á mas de otros que estuvieron en peligro sus vi-